

ADRIANO.—¡No vaciles, no! ¡sígueme, huyamos... amor mío!

IRENE.—¿Y á mi hermano, qué suerte le espera?

ADRIANO.—Está excomulgado, ¡Dios mismo le hirió con su anatema!

IRENE.—¡Hermano mío! ¡ah! ¡vete, temerario! (Se precipita en brazos de Rienzi.) ¡Hermano mío, Rienzi, hermano mío!

ADRIANO.—¡No más esperanzas! ¡también perdida!

RIENZI (abrazando á Irene).—¡Irene! ¡tú! ¡hermana mía! ¡tú eres mi Roma! (Oyese el canto de los monjes.)

CORO EN EL TEMPLO.—«¡Vœ, vœ tibi! maledicto!» etcétera.



ACTO V

CUADRO PRIMERO

Una sala en el Capitolio

ESCENA I

RIENZI (solo).—¡Dios tutelar, Dios poderoso, vuelve tus ojos á esta tierra! ¡Mi corazón vacila como débil caña á impulso del viento! ¡Dios de luz, en tu auxilio confío, pues de ti emana esta potestad! ¡Me colocaste como á un piloto ante el fatal y temido escollo, tú que devolviste al pueblo ilota sus derechos, su jerarquía, su majestad! ¡Señor! ¿habrías puesto en vano tu divino sello á la obra humana! Ven á disipar la profunda noche que todavía reina sobre la ciudad; surge, ¡oh sol! y haz que la libertad resplandezca sobre el mundo! ¡Dios de justicia, potente Dios; sé mi apoyo en esta tierra. Dios tutelar, Dios vivo, vuelve á mí tus paternas ojos, atiende mis plegarias!

ESCENA II

RIENZI, IRENE

RIENZI.—¡La Iglesia me ha vendido, después de ofrecerme sólido apoyo! ¡El pueblo, que me debe la fuerza que posee, me ha vendido también! ¡Abandonado, aborrecido de los amigos más caros, sólo Dios sostiene mi angustiada fe: sólo Dios, y tú, querida hermana! (A dúo, con Irene.) Ya que en este abrazo se calman nuestros dolores, revivá Roma en nuestros pechos. Tú, Roma, nos llamas á tu servicio; fieles te seremos hasta el postrer aliento.

RIENZI.—¡Adiós! voy á arengar á esos rebeldes; quiero, por un esfuerzo supremo, salvar á este pueblo de la muerte. (Sale.)

ESCENA III

IRENE, ADRIANO

(Cuando se dispone Irene á salir, aparece Adriano sumamente agitado, empuñando una espada.)

ADRIANO.—¡Qué veo! ¿Irene? ¡Cómo! ¡aún estás en este lugar maldito?

IRENE.—¡Día de horror! ¿quién te llevó á esta pura y santa mansión? Vete.

ADRIANO.—¡Ah! ¿qué has dicho? ¡calla! ¡Ven, la ciudad está sublevada! ¡huyamos, alejémonos, alejémonos los dos!

IRENE.—¡No! ¡no! ¡aquí me quedo, en este último refugio del honor! ¡Vete tú, traidor, alma vil! ¡no ya no te amo!

ADRIANO.—¡Demasiado he luchado en mi dolor contra el ardor que me devora! ¡Irene! ¡te lo ruego! ¡me juraste fidelidad y nunca he dudado de ti. ¡Mi

juramento era sincero; dije que sería tuyo hasta la muerte y que rompería todo lazo que me apartase de ti. Cumple á tu vez tus promesas. ¡La muerte se aproxima! llegó el momento... ¡Tu hermano, maldecido por Dios, por todo el mundo y en todo lugar! El pueblo conoce su perfidia. Sitiado está el Capitolio y por fin mi padre será vengado por el asesinato y el incendio! En breve, tu hermano sucumbirá. ¡La muerte se acerca! ¡su voz me llama! ¡va á sonar la hora fatal! Puesto que soy fiel á mis promesas, cumple tú las tuyas.

IRENE.—¡Vete, pérfido! ¡el infierno hierve en tu corazón! ¡tu presencia me horroriza! ¡Yo seguirte... yo... ¡ah! ¡no lo esperes! ¡ó bien me llevarás muerta y fría! (Oyese gran tumulto. El resplandor de las llamas ilumina las ventanas, cuyos vidrios caen á pedradas.)

ADRIANO.—¡Llegan! ¡Dios mío! ¿ves esas llamas! ¡Irene! ¡piedad! ¡ven, alma mía!

IRENE.—¡Traidor! ¡no, no, nada temo! ¡Dios me atiende! ¡vete, huye de mí!

ADRIANO.—¡Ah! ¡si sucumbes, Irene... también muero yo! ¡Huyamos, ven, alejémonos ya!

IRENE.—Vete; te aborrezco; moriré libre.

ADRIANO (queda anonadado; al poco rato, vuelve en sí).—¡Pues bien! ¡te seguiré hasta la muerte!

(Sale.)

CUADRO SEGUNDO

La plaza grande, frente al Capitolio.—En el fondo la fachada y la vasta escalinata

ESCENA I

Pueblo; después RIENZI

(El pueblo amotinado corre de una á otra parte con armas y antorchas, asediando el Capitolio.)

CORO.—¡Venid! venid! acudid todos! ¡caiga á nuestros golpes y cúmplase el decreto de Dios por el hierro y por el fuego! ¡Está excomulgado! ¡No haya clemencia! ¡no! ¡En el Vaticano ruge el trueno! ¡Muera el tirano!

RIENZI (pareciendo en la terraza).—¡Pueblo! ¡soy yo! ¡has de escucharme! ¡lo quiero!

Todos.—No le escuchéis.

RIENZI.—¡Abrid los ojos, indignos hijos de nuestros abuelos!

Todos.—¡Muera! ¡muera!

RIENZI. — ¡Romanos, que deseáis exterminarme! Hice de vosotros un pueblo fuerte, y vosotros, ingratos, olvidáis el santo pacto que nos une. ¡Oh fe romana, vana fe, pisoteada por el pueblo-rey!

Todos.—¡No le escuchéis! Cúmplase por el hierro y por el fuego el decreto de Dios.

RIENZI.—¡Oh pueblo! ¡ciego furor! ¡perezca por tus manos el último de los romanos y acaba tu obra; cúmplanse tus destinos.

ESCENA II

Los mismos, IRENE, ADRIANO; luego los nobles

(Irene corre al encuentro de Rienzi. Las llamas invaden el Capitolio.)

ADRIANO (llegando).—¡Irene, gran Dios! ¡piedad para ella!

LORO.—¡Adelante! ¡mueran!... ¡mueran los tiranos! (Adriano se precipita hacia Irene. La columnata se desploma. Los nobles se presentan y contienen al pueblo.)

FIN DE RIENZI

EL BUQUE FANTASMA

ÓPERA EN TRES ACTOS